

Un vasco en Tartaria en el siglo XIV

Fr. Pascual de Vitoria: geógrafo,
apostol y mártir.

por

Fr. Pedro de Anasagasti, O. F. M.

I. *Frente al fantasma amarillo.*

La historia oriental de los siglos XIII y XIV se resume en un nombre fatídico: Genghis-Kan, el fantasma amarillo.

Nacido en el arroyo, es la miseria su nodriza. Espíritu fuerte, indomable y cruel, sediento de conquistas. Su sueño de mando se convierte en una realidad apenas soñada: mil reinos distintos acatarán su cetro, y el Oriente será juguete de sus manos de titán. El éxito militar acuciará su sed de conquista; todos los días sentirán sus Anales el cosquilleo de una nueva odisea, siempre triunfal. El mundo se estremece a su solo nombre; es la personificación de la destrucción, del terror y de la venganza.

El pueblo tártaro es joven entre sus vecinos. Su primera aparición en la Historia lo consignan los Anales chinos T'ang, en el siglo X. Pueblo insignificante en la estepa amarilla, pero con entrañas de guerrero. Necesitaba la chispa de un pedernal para su combustión y salta la chispa en 1162, al nacimiento de Temudgin.

El joven Temudgin es hijo de Marte. Tan pronto nace a la pubertad anhela cancelar la geografía antigua. En la parte septentrional de China comienza su historia de conquistas; el reino de Kin su primera víctima: quien no murió en la lucha, acabó escaldado en las ollas de agua hirviente.

Los pueblos vecinos se aprestan al pacto con Temudgin; pre-

fieren ser tributarios que víctimas cruentas. En 1206 se corona Emperador en Karakorum. Su nombre es su historia: Genghis-Kan significa «Emperador inflexible». Inflexible a toda fuerza humana, menos a la muerte.

La Gran Muralla, esperanza del pueblo chino y su baluarte más inexpugnable no ofrece resistencia alguna a su paso. Entra en China. Huye el Emperador de Pekín que cae en poder de Genghis-Kan el año 1215. Pronto extiende sus dominios al Shangton y al Shansi. El año 1223, con la ocupación de Shensi, el reino de la dinastía Kin ha clausurado su historia.

Exige a Chah Kharezmi una vía expedita al Mediterráneo para sus traficantes. Kharezmi se resiste, pero siente el zarpazo guerrero de Genghis y huye perseguido por los satélites tártaros que llegan a ser testigos de su muerte, a orillas del mar Caspio, agotado por el dolor y las privaciones de su fuga. Es el año 1221.

Sigue su paseo triunfal. Llega al Irak. Por el Cáucaso entra en Rusia; destroza a los ejércitos de los feudales rusos a orillas del Kalka; llegan sus tropas hasta Bulgaria. El ejército se divide para atender a todos los frentes; mientras Genghis-Kan expugna a Irán, su hijo menor entra a sangre y fuego en la región de Khorassan.

El *Emperador inflexible* tiene que doblarse ante la muerte, que le visita el 18 de agosto de 1227. Pero inyecta a sus hijos su misma sangre. En 1239 el Irán y Georgia son predios mongólicos. Armenia, sabedora de diplomacias, se procura la amistad del tártaro; Haiton I es tan astuto diplomático como excelente Rey, y la Armenia no conoce la sangre que destilan las lanzas de Genghis-Kan.

La horda amarilla es un alud que asola todo a su paso. Bulgaria, Moscú, Kiev, Polonia, Silesia son una enorme pira que enrojece el cielo.

El feroz espectro amarillo asoma en el dintel de Europa. El duque de Silesia coadunado con los barones germanos ha equipado un ejército de 30.000 combatientes. El 9 de abril de 1241 se entabla la batalla, desastrosa para el ejército cristiano que sucumbe y es destrozado. Bela IV, rey de Hungría, niega la sumisión al tártaro, y su ejército es también derrotado dos días después.

Entran en Austria, descendiendo hasta el territorio del ducado de Venecia. Europa se estremece al nombre de los bárbaros cuyo paso es un reguero de sangre y de lágrimas.

La muerte de Ogodai, hijo de Genghis-Kan y generalísimo de los ejércitos disuelve la conquista. Batu y sus oficiales se retiran. El cetro juega de mano en mano, llevado de la ambición y de la intriga. La guerra se repliega a China. El año 1279 descansan las armas en China. El imperio tártaro-mongol comprende todo el Extremo Oriente, Persia y Rusia. Kubilai conjuga en sí las virtudes bélicas de sus antepasados con la organización social del Occidente. Construye las grandes vías orientales, canaliza sabiamente las aguas, administra con óptimos resultados los frutos de la agricultura, haciendo huir al fantasma del hambre, y ensaya un original método monetario. El pueblo mongol remonta el vértice de su historia.

La muerte de Kubilai (1294) señala el primer eslabón de la decadencia. Sus sucesores no conocen un día de triunfo. Entre continuas guerras y derrotas disipan el imperio. El año 1368, tras señaladas victorias, los chinos recuperan Shangton y Honan y entran triunfalmente en Pekín.

Un franciscano vasco, Fr. Pascual de Vitoria, sale en 1334 de su retiro conventual de Vitoria. Va a enfrentarse con el pueblo tártaro, sin corazón, sanguinario, amigo de matanzas y crueldades. Se enfrenta David con Goliat, el pequeño David con una santa ambición de victoria contra un técnico en las batallas y en las victorias. Asusta su gesto olímpico al ingresar en un imperio cuyo símbolo es la guerra, sin credenciales, sin recomendaciones, sin armas, sin vituallas para su largo camino.

La clave de su decisión está en la locura: la locura de amor de los santos. Cristo había enviado a los suyos con esta despedida: «Yo os envío como ovejas a una manada de lobos». Como una oveja iba Fr. Pascual al encuentro de la manada de lobos, con sus dientes teñidos en sangre de numerosas víctimas.

II. *Trasiego de embajadores.*

Mientras Genghis-Kan extendía sus tentáculos destructores por Europa, Roma temblaba. Atila, el terror de su tiempo, no fué ni más conquistador ni más cruel y sanguinario que Genghis-Kan.

Gozaba en contemplar el incendio de pueblos sometidos donde ardían a miles los vencidos. En Samarkand desmembró a treinta mil enemigos. No hallaba suficientes ollas ni agua hervida para escaldar a sus prisioneros. El mismo se confesaba como el azote que enviaba el malhumorado Alah contra el pueblo mahometano. Sagaz, cuantas especies de tortura inventaba su imaginación, las realizaba al momento. Sanguinario y feroz hasta la muerte. Atacaba la ciudad de Ninghia cuando se sintió morir. Temiendo no llegar a tiempo a la victoria, pidió que todos los habitantes fueran descuartizados sobre su sepulcro, cumpliéndose a la letra su última macabra voluntad. El notable sinólogo Cordier, delinea este acabado retrato del tirano mongol: «Como Atila, Genghis-Kan puso al servicio de la destrucción su ingenio, pero ejerció por más tiempo que Atila su tiranía sobre los pueblos sometidos. Lo que caracteriza su ingenio es la crueldad que destaca en todos los actos de su vida, junto con su perfidia tenaz, tiránica. Dotado de genio militar, convirtió en una gran nación un pueblo insignificante; empleaba todos los medios de destrucción: las matanzas, el saqueo, el incendio» (1).

Roma representaba en el siglo XIII al mundo occidental. Los príncipes europeos se sometían el imperio de la Santa Sede. Y fueron los Papas quienes sintieron la responsabilidad de hacer frente a Genghis-Kan.

Los mongoles no tenían alma religiosa. Para ellos cualquiera religión podía ser verdadera, y siempre ocupaba un lugar secundario en la vida humana. Les resultaban indiferentes, de ordinario, las legaciones cristianas, como las mahometanas o budistas.

(1) *Cordier (H.) «Histoire general de la Chine et ses relations avec les pays étrangers depuis les temps les plus anciens jusqu'a la chute de la dynastie mandchoue».* Paris, 1920-21, II, 223.

En este ambiente de indiferencia religiosa llegaron a Mongolia los primeros embajadores pontificios. Los franciscanos y dominicos enviados por el rey de Hungría Bela IV fueron asesinados antes de llegar a su destino. El primer impulso de aplastar a los tártaros mediante una gran Cruzada de la cristiandad quedó frustrado por las disensiones entre Gregorio IX y Federico II. Inocencio IV, más piadoso y clarividente, sustituyó las armas por la diplomacia.

Los primeros embajadores de la Santa Sede en Oriente, Fr. Juan de Piancarpino, franciscano y Fr. Ascelino, dominico, fueron recibidos amigablemente. En años sucesivos continúan las embajadas: Guillermo de Rubruk, Juan de Monte Corvino, Odorico de Pordenone y mil otros más penetran en Oriente, con muy diversa suerte, predicando intrépidamente el Evangelio y fundando conventos allá donde una favorable acogida ofreciera garantías de éxito. La diplomacia triunfó. Los embajadores eran honorablemente recibidos. Pero el apego a las tradiciones ancestrales, el temor hacia las divinidades cuya venganza se temía, y la urdimbre de pasiones humanas desenvainaron, no raras veces, el alfanje homicida.

En los inmensos caminos solitarios, guardadas de feroces animales y no menos feroces bandidos nómadas, podía fácilmente desaparecer un europeo, mientras no contara con la protección de las cartas pontificias o reales y fuese acompañado de una lucida escolta. ¿Quién exigiría cuentas por la suerte de un Fr. Pascual de Vitoria, desconocido y odiado, navegando en solitario a impulsos de su espíritu misional?

Su aventura adquiere así proporciones gigantescas. Mientras los embajadores pontificios eran recibidos, como tales, con todo honor y se garantía la seguridad de sus vidas, hermanos suyos en religión se constituían en blanco de las cimitarras sarracenas. El favor de los Emperadores tártaros y su benevolencia hacia el Jefe de la Iglesia no debe engendrar espejismos. Inmenso era el Imperio, muchos los sultanillos y más aún los rincones y fosos que podían encubrir a los asesinados. Los azotes, los venenos, los intentos de ahogarle con que los mahometanos procuraron desembarazarse de Fr. Pascual de Vitoria, evidencian el peligro de la aven-

tura de nuestro héroe, único cristiano en medio de una legión de mahometanos.

III. *El vasco.*

En 1333 dejaba Fr. Pascual su patria, rumbo al desconocido y legendario Oriente. Vestía el hábito franciscano y era natural de Vitoria. No era el siglo XIV una edad de partidas de bautismo bien archivadas ni de registros civiles conservados con diligencia. No obstante, el origen vasco de Fr. Pascual es atestiguado por documentos incontrovertibles.

Ya la «Crónica de los XXIV Generales» (2) le llama «Fr. Pascual hispano, de Vitoria», siguiendo la costumbre contemporánea de apellidar a los religiosos por el de su lugar de origen. Su carta, origen y materia principal de nuestro breve estudio, está dirigida «al Padre Guardián y demás Reverendos hermanos del Convento de Vitoria...» (3). Marcos de Lisboa (4) le llama también «de Vitoria» y Lucas Wadingo (5), el sistematizador y compilador más veraz y crítico de la historia franciscana, le conoce por «Fr. Pascual hispano, de la ciudad de Vitoria». Los cronistas posteriores citan estas mismas fuentes, siendo unánimes en la designación del lugar de origen de Fr. Pascual.

Vasco de nacimiento, lo fué, muy especialmente por sus virtudes regionales características. Era la época en que el País Vasco forjaba titanes. Las continuas luchas de los señores feudales enrarecían el ambiente campesino de los más escondidos caseríos con la discordia y la lucha de guerrillas. El Cantábrico mecía en su cuna a los gigantes del mar. Las primitivas herrerías a orillas del mar Cantábrico o desperdigadas a lo largo del país en la vecin-

(2) «Chronica XXIV Generalium», en «Analecta Franciscana», III, 559. Quaracchi-Florenzia.

(3) *Wynngaert (P. Anastasio Van den)* O. F. M. «Sinica Franciscana», I, 501-506. Quaracchi-Florenzia, 1929.

(4) *Marcos de Lisboa*. «Las Crónicas de la Orden de los Frailes Menores», p. II. Alcalá de Henares, 1565.

(5) *Waddingus (Lucas)* O. F. M. «Annales Minorum seu Trium Ordinuma S. Franciscano institutorum», VII, 302. Quaracchi-Florenzia, 1932.

dad de los ríos templaban el acero de las lanzas y de las corazas que iban a equipar a los señores de Vizcaya y a los batallones de los reyes de Castilla. De los astilleros surgían galeones, pataches y balleneros, bastimentados para la guerra como para la pesca en los lejanos mares.

Más de una vez fueron los piratas quienes aceleraron el trabajo pesado de forja y construcción, en un ambiente de fuego.

Cuna para temprar héroes. Una vida trabajosa, lanzada a la aventura del monte o del mar y esmaltada por una fe robusta, familiar, tesoro el más estimado, necesariamente había de fructificar en hombres de temple, dispuestos a toda valentía, sin penderías ni hueras hinchazones.

Sañaba el alma vasca. Sentía el vértigo de lo desconocido, le atraía irresistiblemente la sirena de la aventura. Elcano, Legazpi, Urdaneta y otros mil satélites, no menos valientes por más desconocidos soñaban con lo inesperado, gustaban de la aventura, la necesitaban para su corazón valiente. Templados en la fe cristiana, revestían sus aventuras de un embrujo religioso, con un poder sugestionador para el alma que vive de la fe. Una prudencia excesiva hubiera convertido en muñecos a nuestros valientes apóstoles y conquistadores.

Fray Pascual de Vitoria siente la atracción de lo desconocido. No es un aventurero más, pero tiene madera de conquistador. No teme enfrentarse con la perspectiva de un viaje agotador, en tierra extraña, entre pueblos de lengua desconocida y con el bagaje típicamente franciscano: el crucifijo, el breviario y un solo hábito a cuestas.

Bien es verdad que los tártaros habían acogido afectuosamente a Fr. Juan de Monte Corvino y bendecido su apostolado. Conocía también la legación enviada con motivo de la muerte de Monte Corvino para suplir el aliento misional de este héroe. El nuevo Arzobispo de Kanbalik era Fr. Nicolás que, con un séquito de veintisiete religiosos, llegaba a tierra tártara, portador de letras pontificias laudatorias del gran celo del Emperador a favor de la religión cristiana.

En la dirigida al Gran Kan, Emperador de los cuatro reinos

tártaros, se expresaba el Papa Juan XXII: «Es para honra tuya cuanto ha llegado a nuestro conocimiento, según lo cual, dejando en las manos de Dios toda tu confianza y queriendo ganar su benignidad, tratas con toda afabilidad y condescendencia a los cristianos que habitan en tu Reino, así como también a cuantos indígenas han abrazado nuestra fe y a los mismos neófitos. Extiendes esa tu benignidad y cariño hasta mi persona que indignamente representa a la de Cristo...» (6).

La carta abunda en felicitaciones y promesas, quizás exageradamente optimistas, que los años no permitieron florecer. Fray Pascual podría sentirse animado por la «afabilidad y condescendencia» del Emperador tártaro. Mas no necesitaba de semejante aliento. Su corazón en llamas de entusiasmo necesitaba de un combustible más noble: el amor de Dios y el deseo de la conversión de un mundo infiel, únicos objetivos de su fantástico viaje apostólico.

No se quiebra ante la adversidad. Al salir de su tierra no había tomado providencia alguna para aprender la lengua de los países que había de atravesar. No llevaba intérprete y su situación era inverosímil. Mas tan pronto llega a Sarai se dedica con ahinco al estudio de la lengua camánica y de la escritura vigúrica. Días enteros de un abrumador estudio al contacto íntimo con sus hermanos de religión, preguntando, esforzando su memoria a fin de retener vocablos para él sin sentido, excitando la benévola sonrisa de sus interlocutores. Todo era poco para una voluntad como la suya, dispuesta a quebrarse antes que a doblegarse.

Su compañero de viaje decide volverse a Vitoria. Queda solo, desconocido y desconocedor de su futuro. Ante la deserción de su compañero, su espíritu se agiganta. «No quiero volver al vómito», escribe, refiriéndose a un pasaje de los Proverbios. Le parece indigno de un apóstol el desistir de la empresa por las dificultades, gigantescas ciertamente, de que halla sembrado su camino.

Navega en miserables embarcaciones, en carretas tiradas por

(6) *Waddingus*, o. c. VII, 163-169.

camellos, «terrible modo de viajar». Solo adorador del verdadero Dios entre un racimo de mahometanos, sufriendo con heroica resignación las conversaciones proselitistas e injuriosas de los secuaces de Mahoma. En un alto en el camino de varios días les predica sin cesar, respondiendo en alta voz y con inusitada energía a los «ladridos» de los mahometanos.

Padece la destemplanza de los distintos climas, la náusea de alimentos desconocidos y repugnantes para su gusto, el natural fastidio en el trato necesario con personas ineducadas, groseras, de viles costumbres.

Una prueba más de su fortaleza. Le invitan a la solemne reunión de la Pascua mahometana. El pobre misionero había de presentarse ante un congreso de obispos y sacerdotes mahometanos, respaldados de un populacho sediento de venganza. Con su hábito pobre y deteriorado, con sus pies descalzos y su aspecto humilde, anunciaba de antemano la derrota. Veinticinco días continuos de discusión, olvidado de tomar alimento, sin ceder ni un momento ni mostrar el menor temor ante la actitud agresiva de los caídes y talismanes. «Les prediqué y revelé el misterio de la Santísima Trinidad; y al fin, mal de su grado, tuvieron que darse por vencidos en todo, a honra de Jesucristo y de la Santa Madre Iglesia».

No había manera de atemorizarle ni de seducirle a la fuerza. Tampoco lo conseguirían con la sonrisa y la promesa del placer. Ante él delinearon el cielo oriental: mansiones de hadas, con brocados y tapices orientales, con la música de surtidores de agua perfumada, en estancias con pisos de almohadón y sabor de sahumero; el harén, con bellísimas y leves mujeres seductoras, con un poder mágico en la sensibilidad humana. Mas él había vencido a la concupiscencia de la carne.

No desmayaron sus enemigos. Presentáronle oro y plata, las dos llaves que abren las puertas más herméticas del mundo, ofreciéronle posesiones extensas, campos sembrados asomando la realidad de una ubérrima cosecha, prados de aterciopelada hierba, triscada por rebaños de caballos, yeguas, potros y ovejas, todo lo cual sería suyo a la menor insinuación de apostasía. Mas él había vencido a la avaricia.

No quedaba por ensayar sino el tormento. Y llovió sobre Fray Pascual una granizada de piedras que hicieron crujir sus huesos, le arrancaron la barba a tirones, repasaron sobre él todo el vocabulario de las expresiones más humillantes y soeces... El sonreía y daba gracias a Dios porque le halló digno de padecer algo por su nombre.

El vértigo de aventuras, la sed de conquista y la inmutabilidad de ánimo ante la contradicción fueron, junto con una piedad robusta, los elementos del alma vasca. Fr. Pascual de Vitoria los poseyó en grado sumo. Forjado en cuna de titanes, llevaba el sello de su País, madre de conquistadores y apóstoles sin miedo.

Buena embajada la primera nuestra al Extremo Oriente. Creemos razonablemente que Fr. Pascual fué el primer vasco que transitó más allá de Palestina, concediendo el supuesto de que algún paisano nuestro llegara a realizar el anhelo de la cristianidad de peregrinar a los Santos Lugares.

El Imperio turco cerraba las puertas de Oriente, y ya desde el siglo IV, ningún europeo pudo trasponer sus límites. Penetrar en el misterioso mundo musulmán era firmarse la sentencia de muerte. Solamente, al alborear el siglo XIII, San Francisco de Asís penetraba valientemente, ante el asombro de los cruzados, en los campamentos mahometanos para predicar al Sultán la palabra de Dios.

¿Más allá? El Imperio chino y el tártaro eran dos esfinges que no decían nada a Europa. Sus fronteras eran inaccesibles al europeo. Solamente los astutos mercaderes genoveses Nicolás y Mateo Polo, en peligro de sus vidas, optaron por entrar en Tartaria, logrando ganar la amistad del Emperador Kubilai, quien les franqueó las puertas de su desconocido reino. Marco Polo, hijo de Nicolás, heredó la misma benevolencia del Gran Kan. Contemporáneamente Fr. Juan de Pian Carpino, franciscano, y sucesivos embajadores pontificios hallaban inesperada acogida en el Imperio tártaro.

No es de suponer que, entre tan contados embajadores y séquito pontificios, tomara parte algún paisano nuestro.

Podemos sentirnos orgullosos de nuestro primer contacto con

el lejano Oriente. Fr. Pascual de Vitoria, nuestro embajador, era portador de las más nobles cartas credenciales: las del Evangelio. No quiso aprovechar su prestigio para comerciar favorablemente, antes bien, rechazó todas las proposiciones gananciosas, cerró sus manos a las riquezas que le ofrecieron, desoyó el ofrecimiento de lindas mujeres de placer. No quiso recibir nada, sino malos tratos, injurias y calumnias, la letrina de un pueblo. A cambio dió todo: sus años, sus energías, su ciencia, su vida misma para elevar, sobrenaturalizar la condición social y espiritual de quienes «estaban sentados en tinieblas y sombras de muerte».

¿No será él un símbolo del pueblo vasco que, a través de la historia, dió todo generosamente, como un manirroto, por medio de sus apóstoles y conquistadores, como un deber de su profunda catolicidad?

Fray Pascual de Vitoria merece nuestra simpatía por encarnar acabadamente las virtudes más nobles de nuestro pueblo, mostrándolos a un pueblo legendario. El era la Iglesia de Cristo ante el mundo mahometano. Triunfó y su triunfo es una sonrisa en la historia de nuestro pueblo.

IV. *El geógrafo.*

Fray Pascual de Vitoria no es un geógrafo al estilo de Marco Polo, ni siquiera de sus hermanos en religión Fray Juan de Piancarpino y Fray Guillermo de Rubruk.

Marco Polo nació con buena estrella. De regreso de un viaje a Oriente de su padre y de su tío, mercaderes genoveses, escuchó las fabulosas leyendas sobre pueblos y costumbres, radicalmente opuestos a los que había vivido. Se recorría el velo oriental y lo desconocido le atraía. La acogida cordial de sus parientes por el Gran Kan Kubilai, que les señalaba por embajadores suyos ante la Santa Sede, animó también al muchacho. Con ellos entra en el Oriente. El hombre de la buena estrella es del agrado del Emperador y en sus dominios mora durante veinticinco años, ejerciendo diversos e importantes oficios a favor del Emperador. Mientras tanto, observa: fija su atención en la idiosincrasia del pueblo oriental,

estudia sus costumbres, impresiona su retina con el paisaje. Es un espía inofensivo del Occidente.

Llega a Venecia. Su imaginación y su memoria tejen el maravilloso libro de sus viajes. «El libro de Marco Polo» es recibido con reservas. Hay mucha fantasmagoría insospechada en sus páginas, relatos inverosímiles y descripciones imaginarias. Pero el libro triunfa. Cartas y descripciones contemporáneas y posteriores traen a Europa los mismos mensajes en idénticos cofres de ensueño. Marco Polo vió y escribió. La fortuna le concedió tiempo para transcribir con tranquilidad, en su dorada prisión de Génova, la epopeya de su fantástico viaje.

Marco Polo aguardaba impaciente el regreso de su padre en el primer viaje a Oriente, cuando en 1245 el franciscano Fray Juan de Piancarpino, embajador de la Santa Sede ante el Gran Kan de los tártaros, sale de Europa. Tenía setenta y tres años y se enfrentaba con la incógnita del desierto. Llegó ante el Emperador a quien no convencieron sus cordiales argumentos, pero no perdió el tiempo. Antes de su regreso a Europa, observa con ojos escrutadores el Oriente; estudia sus tipos, sus costumbres ancestrales, su economía, su preparación bélica, sus condiciones climatológicas, su religión y sus supersticiones. Era un eminente psicólogo y un curioso investigador en una misma pieza.

Al pisar su patria traslada al pergamino el fruto de sus investigaciones, en un libro titulado «Historia de los mongoles a quienes llamamos tártaros» en nueve extensos capítulos. Su obra es de una importancia capital por tratarse del primer libro sobre el Extremo Oriente (Fray Juan murió el 1 de agosto de 1252, casi veinte años antes de que Marco Polo iniciara su primer viaje al Oriente) y contener en sus páginas los más curiosos detalles sobre los diversos aspectos de la vida de una gran nación desconocida.

Como él aportaron sus interesantes experiencias Fray Guillermo de Rubruk, Fray Odorico de Pordenone y un anónimo español, por no citar más que a los franciscanos. La geografía e historia del Oriente en la Edad Media deben sus detalles más precisos a los misioneros.

Fray Pascual de Vitoria no es un historiador ni un geógrafo

al estilo de Marco Polo o de Fray Juan de Piancarpino. Mucho observó en su fantástico viaje, pero no gozó del reposo de Marco Polo en su prisión de Génova o en su idílica Venecia, ni de la quietud de la austera celda franciscana donde deshilvanar sus apuntes mentales. El no volvió de Oriente. Si la geografía y la historia notaron su falta, la Historia de la Iglesia, la de la Orden Franciscana y la de nuestro país vasco han ganado la inserción de un mártir, nuestro primer mártir.

Sólo poseemos de él una carta, escrita desde Armalek dos años antes de su muerte. De la autenticidad de este escrito no cabe duda alguna. Es la carta una ruta de su viaje apostólico y de su acción misionera. Fray Pascual no demora en la descripción del paisaje, en el estudio del suelo que atraviesa, o en la hidrografía y minerología. En una carta familiar no tienen cabida tan elegantes detalles, sobre todo tratándose de un misionero cuya labor apostólica encuentra muy encogido el espacio del día.

Mas en una edad en que la geografía oriental era casi desconocida en Europa, su ruta de viaje, con sola la enumeración de los pueblos que atraviesa, es un documento de primera importancia. Fray Pascual señala ciudades desconocidas para anteriores geógrafos y su estratégico viaje podría servir de carta geográfica, de ruta de viaje a futuros misioneros o a mercaderes atrevidos, cuya fortuna estaba decidida al conseguir el contacto con Oriente, de donde trasegaban las gomas, los perfumes, los ungüentos, las piedras preciosas y los más ricos brocados, tan apetecidos por la sociedad ampulosa y cortesana de su tiempo.

A pesar de la finalidad con que la escribió, un espíritu investigador puede leer mucho entre líneas en el texto de su carta. No demora en detalles curiosos, pero los insinúa y si en aquel tiempo constituían un tesoro, también lo son hoy, al tratar de reconstruir la historia del pueblo tártaro.

Anota cuidadosamente los nombres del Mar Adriático, el Hellesponto, señalando su situación geográfica entre Eslavonia y Turquía, navega por el Mar Negro, el Mar de Azof y desembarca en Gazaria (Crimea). Embarca nuevamente en Sarai para navegar por el río bíblico Tigris, por las orillas del mar Vatak (Mar Cas-

pio). A doce jornadas de camino fluvial desembarca en Saraschuk; cincuenta jornadas de carreta tirada por camellos desde Saraschuk hasta Urganth, la bíblica Hus, donde descansan los restos del Patriarca Job, símbolo y prototipo de la paciencia. De nuevo en carreta de camellos entra en el Imperio de los Medos, entre Cathay y Persia para terminar su peregrinación y su vida en Armalek. Es fiel en la descripción toponímica, señalando las jornadas de navegación o de caminar, para indicar más fácilmente las distancias. No olvidemos que estos nombres, hoy del tesoro de la ciencia de nuestros niños escolares, no lo eran así en el siglo XIV. Su ruta es la ruta caravanera de los mercaderes, que unía Turquía y Persia alta con el interior de China, Mongolia y Japón. Su descripción minuciosa guarda para la historia un dato de reconstrucción. Señala a la ciudad de Urganth como el límite geográfico de los dos Imperios Tártaro y Persa, los dos grandes protagonistas de las más acabadas páginas de la historia de Oriente. A Armalek, en otro tiempo sede imperial de los Kan Chagatai, uno de los cuatro grandes reinos en que se dividía el Imperio tártaro, lo sitúa en el corazón mismo del Imperio de los Medos. No carecen de interés estas fugaces delimitaciones geográficas en orden a determinar la extensión alcanzada por los diversos imperios en un rápido pleamar y bajamar de conquistas y derrotas.

Conoce experimentalmente los grandes mares y ríos de Oriente. Todos los surcó en penosas jornadas. El Mar Negro es, a su ojo clínico, «de una profundidad inconmensurable» y el de Azof «de tan profundo, no tiene fondo».

Los principales medios de locomoción empleados en su tiempo son rápidamente pincelados en su carta. En la navegación se emplean distintas especies de embarcaciones, que distingue con los nombres latinos de *carraca*, *lignum*, *navigium*. Para el viaje por tierra, en los límites de Europa, el coche tirado por veloces caballos, criados en las estepas de Rusia. Para el desierto el irremplazable camello, el vehículo del desierto, sufrido, potente, curtido al calor sofocante del desierto, capaz de soportar la sed y el simún, el terrible huracán del desierto.

Los filólogos hallan en su carta un dato precioso; desde la

Tartaria hasta el Cathay, comprendiendo el Imperio de los persas, el Caldeo y el de los Medos, la lengua vulgar es la camánica, a la que corresponde la escritura o alfabeto vigórico.

Al contacto íntimo de interminables jornadas con los mahometanos perfila el carácter de este pueblo. Son fánaticos, inaguantables, incapaces de soportar a un camarada de distinta religión. Ya antes de penetrar en el Imperio de los Medos le hacen sufrir «lo que no puede exponerse en una carta». Discuten día y noche para imponerle su religión, le llevan ante sus caides y talismanes en la solemne fiesta de Pascua, a la que concurren mahometanos de muy diversas partes, tan reciamente amantes como hoy de sus tradiciones. Describe sus amores terrenos, ya que le ofrecen como lo más apetecible mujeres, oro y posesiones, ganado. Es el paraíso musulmán que tiene su origen y su fin en este mundo. Su fanatismo humillado es cruel: le maltratan bárbaramente cuando no pueden vencerle con sus argumentos, tratan de envenenarle y de ahogarle. A pesar de su bondad natural, de su benignidad de santo, Fray Pascual no puede menos de llamarles «malditos secuaces de Mahoma».

Para un atento investigador que sitúe la carta de Fray Pascual de Vitoria en su ambiente cultural, no parecerá exagerada la expresión de Beazley de que Fray Pascual «es el misionero mejor informado de aquel tiempo por lo que se refiere a la historia de la Rusia moderna» (7).

Sin restar mérito alguno en su aspecto científico a la carta de Fray Pascual, su valor más genuino estriba en que teje una acabada autobiografía del mártir, constituyendo, por ello, una de las más hermosas y emocionantes páginas de nuestra historia regional.

De perderse la carta sólo hubiéramos sabido, por mediación de Fray Juan de Marignolli que un tal Fray Pascual de Vitoria fué asesinado en odio a la fe en Armalek. Todos los documentos sobre Fray Pascual de Vitoria, exceptuando la relación de Fray

(7) Citado por el P. *Omaechevarría (Ignacio)*, en su artículo «Entre los musulmanes del Turquestán», en «Misiones Franciscanas», 1945 (XXIX), 173.

Juan de Marignolli conservada en la «Crónica de los XXIV Generales», escrita a mediados del siglo XIV, dependen de la carta, sin poder añadir algo nuevo que ella no lo contenga. Las más difusas noticias que sobre su persona nos conservan algunos autores, parecen, más bien, suposiciones bien intencionadas en torno a descubrir el secreto de la infancia y de la juventud de Fray Pascual, cuando no ribetes literarios tan del gusto de la época del conceptismo.

Vivimos en la época de la autobiografía. Hoy la tienen escrita desde los magnates de las finanzas y de la política hasta los populares deportistas y toreros. Mas entre tanta autobiografía rebuscada y vulgar no es una más la brevísima de Fray Pascual de Vitoria.

Bien podemos guardar esta carta como una joya, cual se guarda una obra de arte en preciosos relicarios. Es una obra de arte consumado: el retrato vivo, sin caricaturas, de un paisano nuestro, del primero de nuestros misioneros conocidos.

V. *El apóstol de hierro.*

En el discurso que con motivo de la beatificación de veintinueve hijos de San Francisco de Asís, martirizados en la persecución de los *boxers* el año 1900, se expresaba, en 24 de noviembre de 1946, el Papa Pío XII:

«Para todos esta forma de perseverancia final, excelente sobre ninguna otra y que se llama martirio, es, generalmente, de parte de Dios el coronamiento de toda una serie de gracias escalonadas en el curso de la vida: como de parte del hombre el martirio es, de ordinario, la perla que corona toda una cadena de actos de correspondencia a las llamadas de la gracia divina... A toda esta serie de gracias mediante las cuales Dios conduce al martirio a sus elegidos acompaña, ordinariamente, una larga preparación, en la cual ocupan un lugar preeminente el carácter natural, el origen, las condiciones en que se desenvuelve su vida y su educación familiar...»⁽⁸⁾.

(8) *Acta Ordinis fratrum Minorum*, Jul-Agost. 1947 (LXVI), 93-95. Roma.

Lo vemos realizado al detalle en la vida de Fray Pascual de Vitoria. El período de su vida que conocemos es un noviciado para el martirio. Su origen, en región eminentemente cristiana, en la que cada hogar tiene perfume de santuario; su educación en la vida franciscana y en una época en que sentía latir aún el corazón apostólico de Francisco de Asís, el ambiente doméstico de la religión con la novedad de los martirios de Marruecos, y recientemente el martirio de Fray Esteban entre los tártaros...

Imaginémonos el Calvario de Fray Pascual. Antes de entrar en tierra tártara, cuando todo impulso amigo podía resultar insuficiente para un porvenir tan preñado de fatigas y angustias, su compañero, Fray Gonzalo de Trastorna ⁽⁹⁾ vuelve al convento de Vitoria. Es difícil imaginarse la decepción de Fray Pascual ante la partida de su amigo. Su imaginación había de torturarlo con el presentimiento de un viaje sembrado de dificultades de todo género, entre corazones hostiles, expuesto a peligros de enfermedades, fiebres, fieras o bandidos, sin el calor de un corazón amigo capaz de ayudarlo, capaz de comprender sus sufrimientos, sus tristezas, sus desalientos, siempre presto a llorar con él sus penas. En la sábana de arena del desierto, la soledad es el más temible de los enemigos que, si no hiere el cuerpo, vulnera insensiblemente el alma. Un incidente capaz de invadir de pesimismo el corazón más valiente. Sin embargo, reacciona. Le suena a traición el volverse a su Convento, sin cumplir su ideal de apostolado infiel, y continúa su destino, tratando de convertir en rosas las espinas de su vida apostólica.

Después, la enorme fuerza de voluntad exigida a un apóstol cuya predicación se desarrolla en un ambiente de cruda realidad, chocando con el fanatismo oriental, lacerante, inabordable, espinoso. Predica, pero sus palabras excitan la sonrisa irónica que en

(9) El diligente cronista franciscano Fray Juan Ruiz de Larrinaga identifica Trastorna con Irastorza. Sería un simple error de transcripción en los cronistas primitivos, fácilmente explicable tratándose de apellidos desconocidos y que se diferencian tan solo en la primera y octava letras. El apellido Trastorna es desconocido en España. El de Irastorza es frecuente en el País Vasco. Suscribimos gustosos la mayor probabilidad de la opinión del P. Larrinaga.

el rostro amarillento del oriental es una mueca sardónica, una burla hiriente. A esta turba de hijos de Mahoma se une la de los cristianos cismáticos y herejes, más reacios, si cabe, a la predicación católica. Día tras día predica en Urganth. Cuando vislumbra el fruto dorado de sus fatigas, la obediencia de su Superior le impulsa a abandonar la estación misionera y continuar su peregrinación, rumbo a lo desconocido. Se lacera nuevamente su corazón al comprobar que en Urganth despunta su semilla fructificada y sincronizan algunos corazones infieles con el suyo. Mas el apóstol de Cristo no debe soñar en satisfacciones humanas: siembra en medio de angustias lo que otros recogerán en gavillas granadas.

Los viajes muelen su físico. La navegación en barcas incómodas, movidas a fuerza de remos, entre tempestades que gozan de inquietar a la tripulación y muestran los feroces colmillos de una muerte violenta en medio del océano. Más de una vez tendría que echar mano a los remos o a las jarcias, en momentos en que toda tripulación resulta insuficiente para hacer frente a un mar en ebullición. El mar Adriático, el Helesponto, el Mar Negro, el de Azof y el río Tigris saben mucho de sus angustias y malestar.

Si el mar era un azote del cuerpo y del alma, no lo era menos el viaje por tierra, en carros tirados por camellos durante interminables jornadas, unas veces por senderos enfangados, donde se sumerge el carretón, otras, por sendas de pedregal, donde el vaivén produce náuseas y continuos mareos y trastornos del organismo. A la incomodidad del viaje hay que añadir lo antipático de la compañía. «Solamente Dios sabe lo que padeci y sería interminable contarle en una carta».

Ha sido asesinado el Emperador de los Medos, por cuyo territorio han de caminar. Los mahometanos temen las represalias, y la caravana sarracena, de la cual forma parte también Fray Pascual, se detiene durante muchos días por temor de un ataque. Es su momento. Olvida sus repugnancias naturales y sobre el arenal predica día y noche, exponiendo los dogmas de nuestra fe, descubriendo la sinrazón de los argumentos de sus adversarios y confundiéndoles públicamente. Entre los componentes de la cara-

vana no hay quien pueda con su ciencia y su celo. Tampoco entre los caídos y talismanes, que se han congregado con motivo del Ramadán.

Es el diablo en persona para sus enemigos que, convencidos de la imposibilidad de vencer su espíritu apostólico con la fuerza y «ladridos» de su endeble argumentación, tratan de conquistarle por las buenas. Entonces les parece más diablo, al verle desdeñar a sus mujeres, sus riquezas y sus posesiones, todo el paraíso oriental, para seguir predicando su doctrina. No les quedaba más que el argumento del suplicio.

Toda la plebe, frenética, se lanza sobre él. Terminan con todas las piedras habidas entre manos; todas son pocas para su robusto cuerpo que resiste la prueba. Desde el fanático anciano que trata de vengarse de la injuria inferida por el extranjero a su Profeta Mahoma hasta el último rapazuelo desgreñado que trata de probar su puntería, todos tienen derecho a la lapidación. Fray Pascual se inclina a complacerles quedando inmóvil por ofrecer un blanco más seguro a las piedras.

Las piedras no pueden con él y llaman en su auxilio al fuego, el más familiar y rebuscado de los tormentos orientales. Chamuscan su rostro con una antorcha, espabilan una hoguera bajo sus pies. En medio del terrible tormento, enroscándose de dolor como un áspid herido, Fray Pascual no gime, canta las alabanzas de Dios y admira a sus verdugos. No habían visto jamás predicando a un apóstol desde una cátedra tan original. Las pocas barbas respetadas por el fuego son arrancadas una por una, en un sufrir incesante. Durante el tormento hieren su corazón las blasfemias de los mahometanos, las calumnias y palabras soeces, de más heedor que los mismos detractores, tan reacios a la acción benéfica del agua.

Fray Pascual está aún vivo, y ¡tan vivo! Como que sonrío, pensando que sufre por Cristo y que es digno de su fe predicada.

Continúa su interrumpida ruta hacia Armalek. Cinco meses de viaje, y todo él único cristiano entre mahometanos. Se siente enfebrecido por el celo de la salvación de las almas. En el roce necesario con sus camaradas de viaje predica con la palabra, a la que

une el ejemplo de su vida casta, morigerada y en consonancia con su doctrina; vive lo que predica, y aún mucho más de lo que predica a sus testigos. También el hábito es una continua predicación: una túnica pobre, gruesa, pesada, va escaldando su cuerpo al calor plomizo del sol. La arena incandescente del desierto quema las plantas de sus pies descalzos, en un florecer continuo de ampollas. Todo lo ven los mahometanos, mas se sienten impermeables a la triple predicación del franciscano.

No solo se sienten impermeables. La predicación vivida de Fray Pascual les exacerba, y tratan de acabar con él. Envenenan sus alimentos, ofrécenle su misma comida impregnada de sustancias maléficas, pero pierde el tóxico toda su fuerza mortal y Fray Pascual continúa predicando. En los oasis del camino tratan de ahogarle, con idéntico adverso éxito. Le maltratan a golpes y cometen en su cuerpo mil suertes de atropellos cuya sola enumeración le sería interminable, y aún vive. Se diría que está inmune de la muerte.

Es la preparación al martirio. Todo lo describe sencillamente en su autobiografía. Su entusiasmo se desborda, se fortalece en el dolor. Sabe lo que es sufrir, ha experimentado en su cuerpo toda suerte de tormentos. Y, cuando debía de temblar a la perspectiva de un porvenir sembrado de tormentos, en vez de pedir un descanso para su debilitado organismo, escribe al final de su carta: «Doy gracias a Dios por todo y espero sufrir aún mayores tormentos en remisión de mis pecados para que, por la misericordia de Dios, llegue seguro al Reino de los cielos».

Su desprendimiento es entero. No sueña en volver jamás a su patria. Aquella patria bendita que amó y que no podía menos de continuar amando, sus familiares tan queridos, sus hermanos de hábito del Convento de Vitoria, todo ha de presentarse más de una vez a su imaginación, con la nostalgia del terruño, tanto más obsesionante cuanto más lejos se halla de su hogar y más solo entre tantos infieles. Es el corazón de un héroe que se niega al descanso; su corazón no sabe sino de renunciamientos por cumplir las exigencias de su ideal divinamente caballeresco. «No pen-

séis verme más sobre la tierra si no es en estas alejadas tierras o en el Paraíso».

Bien merecido tenía el martirio. Estaba dispuesto a sufrir mucho más, lo esperaba, lo ansiaba. Llegó lo tan ansiado. El País vasco iba a tener su primer mártir por Cristo.

VI. *El mártir.*

Fray Juan de Marignolli, noble florentino y franciscano, bebió la historia del martirio de Fray Pascual en la misma ciudad de Armalek, al año siguiente del suceso, de paso de aquella ciudad en cumplimiento de la Embajada del Papa Benedicto XII al Emperador de los Tártaros. La relación nos es conservada por la «Crónica de los XXIV Generales».

En Armalek, a la llegada de Fray Pascual, después de su fantástico viaje ya descrito, el Convento franciscano irradiaba los fulgores de su apostolado. No sólo entre el pueblo sencillo, el primero en acercarse por más necesitado, sino también ante el Kan de Chatagai gozaban de prestigio los «frailes de la cuerda».

Fray Francisco de Alejandría, no sabemos si por su ciencia médica o por divina intercesión, había curado al Emperador de un cáncer y de una fístula. El Kan había visto las fauces de la muerte preparadas a devorarle, y gracias al fraile, había recuperado completamente la salud. Midió el beneficio y procuró agradecerlo. Llamaba su «padre» a Fray Francisco de Alejandría, y le amaba con la predilección de un hijo único. En sus dominios los franciscanos gozaban de amplísima libertad para su apostolado, y el mismo Emperador era un misionero más de la causa cristiana. Tanta era su confianza en los misioneros que había encomendado a Fray Francisco la educación corporal y espiritual de su hijo para que, diligentemente preparado en el conocimiento de la doctrina cristiana, recibiera las aguas regeneradoras del santo bautismo.

Amanecer risueño del catolicismo. Todo sonreía cuando una fatal nueva llenó de tristes presentimientos a la cristiandad de Armalek: el Kan Yesun Timur había sido asesinado por los sa-

rracenos que, en su lugar, elevan al trono a Ali, fanático mahometano. No tuvo tiempo el nuevo Emperador para sentarse en su regio sitial cuando una feroz proclama presagió el drama que se avecinaba. A todos los cristianos de su reino se proponía un terrible dilema: o apostatar de la fe cristiana o el sacrificio.

En el convento franciscano hubo revuelo de armas y mandos soldadescos. Los hijos de San Francisco no ofrecían resistencia alguna, más bien, se entregaban gozosos en manos de los feroces sarracenos. No conocieron ni gustaron otra arma defensiva a través de los siglos sino la confianza en el Padre celestial, que viste encantadoramente a los lirios del valle y proporciona el alimento a las aves del cielo. En su voluntad se arrojaban, dejando obrar a su divino y generoso corazón. Constituían la comunidad Fray Ricardo de Borgoña, Obispo; Fray Raimundo Rufo, Provincial; Fray Francisco de Alejandría, Fray Pascual de Vitoria, Sacerdotes, y los hermanos legos Fray Lorenzo de Alejandría y Fray Pedro Martelli. Los dos hermanos legos trabajaban en la edificación de la iglesia, concesión del difunto Emperador.

Los seis frailes fueron llevados a presencia de Ali. Se trataba de hacerles apostatar de la fe cristiana. Todos los perseguidores de la Iglesia, desde Nerón y Juliano el Apóstata hasta el Virrey Yusien en la persecución china de 1900, han seguido el mismo programa. Gozan más en la humillación y en la degradación del cristiano que apostata de su fe, que en su martirio. El martirio es un argumento poderoso que se impone al pueblo sincero y arrebatada más de un prosélito. Es la mejor cátedra de apostolado.

Se sirvieron de mil argumentos para provocar la apostasía. Ni los argumentos rebuscados, ni las ironías desconcertantes, ni los alambicados sofismas hicieron mella en el ánimo de los frailes. Para evitar a los mahometanos el trabajo de sudar en la caza de más inútiles argumentos, levantaron su voz exponiendo su irrevocable decisión de afrontar la muerte antes que pronunciar palabra que supusiera vergüenza de su religión.

Bien lo entendieron los mahometanos. Y creyéndoles suficientemente juzgados los ofrecieron al populacho. El populacho es el más cruel de los verdugos. Todos en él se sienten con derecho a

chupar la sangre del condenado, todos se arrogan el oficio de verdugo. Cada uno ensaya el procedimiento más cruel para su enemigo y toda la turba se ceba gustosa en el indefenso condenado.

El populacho fanático refinó las torturas: con unos puñales afilados abrieron mil surcos de sangre en sus cuerpos, cosiéndolos a frías y penetrantes punzadas. Tormento indescriptible: uno tras otro se acercaban a los humildes franciscanos clavando sus puñales en las partes más inverosímiles de sus cuerpos, coreando su cruel acción con sonrisas y locas carcajadas, mientras los circunstantes prorrumpían en las más soeces blasfemias contra nuestra sagrada religión. ¡Triste espectáculo! No parecían cuerpos humanos sino piltrafas teñidas en sangre. Y los mártires cantaban las laudes divinas. Su resolución de no apostatar y su serenidad en la prueba exacerbaron a la pandilla.

Ya iban a morir. Se hallaban tan sembrados de llagas, tan exangües, que la vida salía velozmente por sus heridas. Había que rematar tan macabro espectáculo. A una señal, llevados de una furia hiperestésica, se lanzaron sobre sus víctimas, descuartizándolas por completo.

La borrachera de sangre estaba saciada. Sobre el campo, sangre y más sangre, miembros dispersos, cabezas magulladas y unos burdos sayales hechos jirones. Era la sangre generosa, los miembros descuartizados, la cabeza magullada y el áspero sayal de Fray Pascual de Vitoria y de sus cinco hermanos de religión. Era sangre vasca, sangre de conquistadores y de apóstoles, nuestra sangre, ofrecida por el más noble ideal.

En Armalek, en 1339, triunfaba el primero de nuestros misioneros en el Oriente; en Armalek, nuestro primer mártir orlaba con el carmín de su sangre la primera página de nuestros misioneros mártires. Fray Pascual escribió su prólogo: más tarde San Martín de la Ascensión, San Francisco Javier, el Beato Valentín de Berriochoa, el Venerable Lizardi, Fray Francisco Beráscola, la Madre Teresalina Zubiri y no pocos más continuarían esta historia de sangre que constituye el más noble capítulo de nuestra historia.

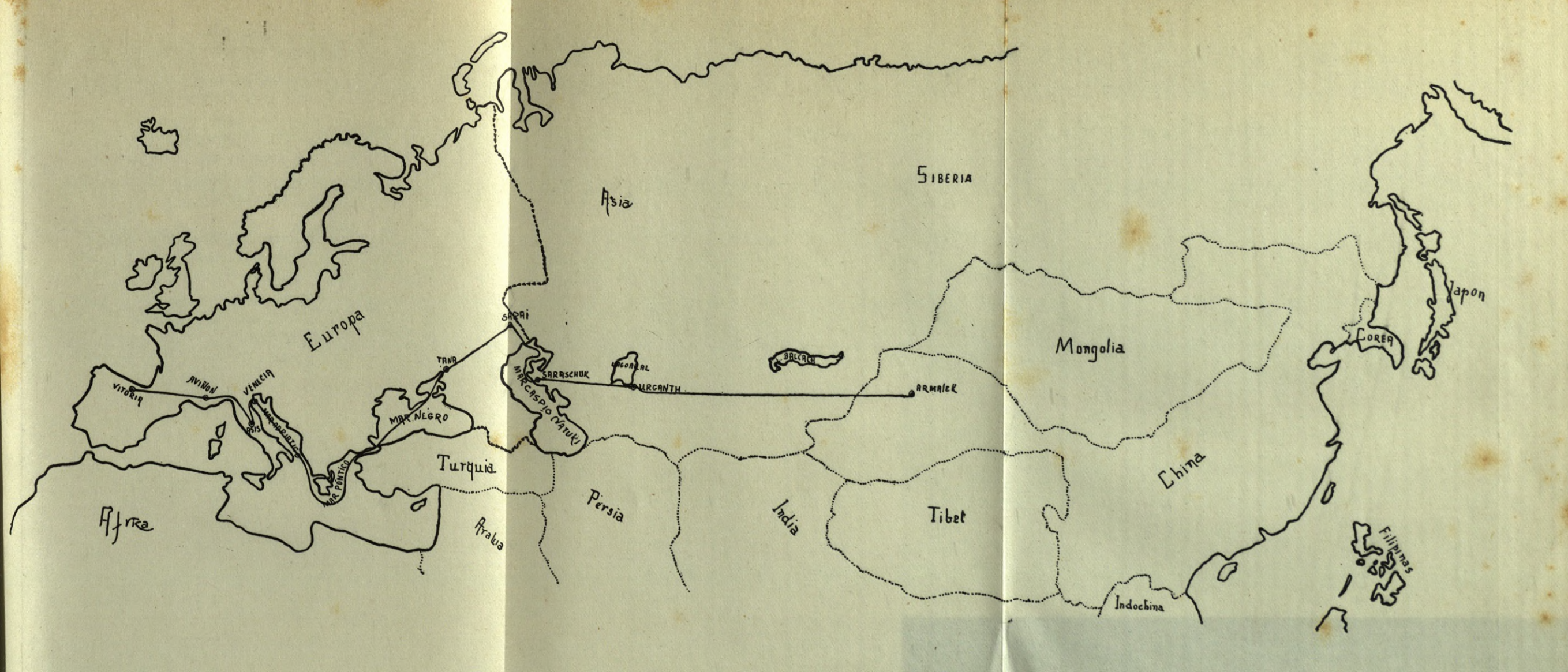
Sobre el campo de Armalek quedaba tendido el cadáver del

Padre de nuestros misioneros, del primer vasco que penetraba en el herméticamente cerrado Imperio tártaro, del primero de nuestros embajadores de la fe en tierras de infieles.

Bien abonada la tierra con tan generosa sangre, floreció... Un año después del glorioso martirio, Fray Juan de Marignolli llega hasta la corte del Gran Kan con su embajada pontificia. Entrega al Kan el pergamino rematado en el sello de plomo de las letras pontificias y los dones del Santo Padre. Demora allí durante el invierno. Bien alimentado, soberanamente tratado y ricamente remunerado se dirige, con su escolta, a Armalek. Montaban caballos de la posta del Emperador, quien saldaba los gastos del viaje. La esplendidez del Gran Kan llegó a permitirles toda edificación que estimasen necesaria o útil para la predicación de la fe católica que había de merecer el apoyo y el respeto del pueblo, de aquel mismo pueblo homicida que maltratará un año antes a los embajadores de Cristo. Pronto surgieron una hermosa iglesia y el convento de los frailes, desplegando toda la solemnidad del culto católico, predicando con toda libertad y bautizando a muchos nuevos cristianos. La sangre de los mártires quedaba vengada con esa santa venganza de conversiones. Fué generosamente derramada para abonar una tierra inculta y árida, y antes del año se apretaban las gavillas en los graneros de la Iglesia.

Fray Juan de Marignolli, aludiendo al martirio, señala sus triunfadores: «...el año precedente padecieron glorioso martirio por Cristo, el Obispo y otros seis Frailes Menores: Fray Ricardo de Borgoña, Obispo; Fray Francisco de Alejandría; Fray Pascual Hispano, que fué profeta y vió el cielo abierto y predijo su martirio y el de sus compañeros: vaticinó también que los tártaros de Sarai serían destruídos por un diluvio, así como la destrucción de Armalek en reparación de su martirio, el asesinato del Emperador tres días después del martirio y muchos más acontecimientos gloriosos. Murieron también Fray Lorenzo de Ancona, Fray Pedro, Fray Indo, intérprete de los Padres y Gilloto, mercader».

En su narración, aparte los milagros que atribuye a todos, dedica alabanzas especiales únicamente a Fray Pascual de Victoria, describiendo su don profético. No se llama profeta el que





anuncia simplemente acontecimientos para el porvenir, sino quien anuncia lo futuro cuyo cumplimiento lo confirma la realidad. Al llamarle profeta, Fray Juan de Marignolli habría comprobado la verificación de algunos de los acontecimientos profetizados por Fray Pascual; a lo menos su martirio, el asesinato del Emperador y quizás algunos otros acontecimientos que Marignolli nos transmite con sus palabras «profetizó otros muchos acontecimientos gloriosos».

Fray Pascual tiene una perla más que engastar en su magnífica corona: la de su don profético.

Damos cima a nuestro intento de perfilar la figura grandiosa de Fray Pascual de Vitoria, profeta, mártir de Cristo y primero de nuestra historia regional, primer embajador vasco en el Extremo Oriente y predicador de las virtudes de su pueblo con su constancia en el ideal, su espíritu de entrega al sacrificio y su inquebrantable optimismo.

APENDICE

El tesoro de su carta.

La historia de nuestro pueblo vasco no conserva una página quizás tan antigua de su espiritualidad. Desconocida la carta de Fray Pascual de Vitoria entre los amantes de la historia, nos complacemos en traducirla, sirviéndonos de la edición crítica de Wyngaert.

«A mis dilectísimos en Cristo, Reverendos Padre Guardián y demás hermanos del convento de Vitoria y a los
»Padres y Hermanos de toda la custodia, Fray Pascual,
»hijo de la misma, desea salud y toda bendición, extensivas,
»en prueba de reverencia filial, a mis allegados y conocidos.

»Sepan mis dilectísimos Padres, que al despedirme de
»vosotros junto con mi queridísimo Fray Gonzalo Trastor-
»na, me dirigí a Aviñón, donde recibimos la bendición de
»nuestro Reverendísimo Padre General, continuando nues-

»tra peregrinación a Asís, con el fin de ganar la indulgencia
»de la Porciúncula. De Asís nos dirigimos a Venecia. En Ve-
»necia embarcamos en una carraca para atravesar los mares
»Adriático y el Póntico, y entre Eslavonia y Turquía vara-
»mos en Grecia, en el país de los Gálatas, junto a Constanti-
»nopla, hallándonos allí con el Padre Vicario de Cathay,
»de la Vicaría Aquilonar.

»Volviendo a embarcarnos, navegamos por el Mar Negro,
»de profundidad inconmensurable hasta arribar a Crimea,
»predio de los tártaros; de allí, por otro mar, también inson-
»dable, llegamos a Tana (Azof).

»Habiendo llegado yo antes que mi compañero, marché
»en carro tirado por caballos, en compañía de algunos grie-
»gos, hasta Sarai (Stalingrado); mi compañero junto con
»otros religiosos alcanzaba Urganth. También yo deseaba
»ir con él pero, habiendo pedido consejo, preferí aprender
»primeramente la lengua de aquella región y, por la gracia
»de Dios, aprendí la lengua camánica y la escritura vigú-
»rica que son las usadas en todas estas regiones o posesiones
»de los tártaros, persas, caldeos, medos y el reino de Cathay.

»Mi compañero salió de Urganth para volver ahí; yo,
»aborreciendo volver al vómito y anhelando alcanzar la
»indulgencia plenaria concedida a los misioneros que llegamos
»a estas tierras, así como la tienen concedida los que peregrin-
»nan a Jerusalén y que solamente la alcanzan los que per-
»severan hasta el fin, no quise volver.

»Desde que aprendí la lengua camánica prediqué frecuen-
»temente y sin mediación de intérprete, la palabra de Dios,
»tanto a los sarracenos como a los cristianos cismáticos y
»herejes.

»En ésto, recibí un mandato de mi Vicario para que, por
»mérito de la santa obediencia, continuara la peregrinación
»interrumpida.

»Pasado el año de estancia en Sarai, ciudad sarracena
»en el Imperio de los tártaros, situada en la jurisdicción de
»la vicaría franciscana aquilonar—donde un año antes pa-

»deció glorioso martirio a manos de los sarracenos un her-
»mano nuestro en religión llamado Esteban—me embarqué
»en una nave en compañía de algunos armenios para surcar
»el río Tigris, bordeando la orilla del mar llamado Vatum
»(Mar Caspio) abordamos en Saraschuk tras de doce días
»de navegación. Tomando en Saraschuk un carro tirado
»por camellos, en penosísimo viaje, arribamos el quincuagésimo
»día a Urganth, ciudad límite del Imperio de los Tá-
»faros y de los Persas, conocida también por el nombre de
»Us, donde descansa el cuerpo de Job. Nuevamente sirvién-
»dome de un carruaje tirado por camellos y acompañado
»de agarenos, único cristiano entre tantos seguidores de
»Mahoma, exceptuando un criado, de la región Ziquo, entré
»en el Imperio de los Medos mediante la ayuda divina; allí
»padecí lo que solo Dios sabe y sería demasiado prolijo mani-
»festarlo en una carta.

»Por razón de que el Emperador de los Medos había
»sido asesinado por un hermano suyo, temiendo una guerra
»y un atraco, se detuvo en algunas ciudades la caravana
»sarracena de la que yo formaba parte, motivo que alargó
»mi compañía entre los sarracenos, a quienes durante muchos
»días prediqué sin temor y sin rebozos el nombre de Jesucris-
»to y su Santo Evangelio, explanando además y ridiculi-
»zando los sofismas, las falsedades y la ceguera de su falso
»profeta Mahoma y dando contestación adecuada y en alta
»voz a los ladridos de sus secuaces.

»Puesta toda mi confianza en mi Señor Jesucristo no les
»abrigaba temor alguno, merced a la iluminación y fortaleza
»que recibía del Espíritu Santo. A fin de calar más cumpli-
»damente la raigambre de mi fe, el día solemne de su Pascua
»me citaron frente a su mezquita. Con motivo de la Pascua
»habían concurrido al lugar de muy diversas partes muchos
»Caides, que son los Obispos sarracenos, y talismanes o
»sacerdotes, con quienes, gracias a la enseñanza del Espí-
»ritu Santo, disputé a lo largo de veinticinco días en el pre-
»dicho lugar, en las puertas mismas de su mezquita, sobre

»todo lo divino y sobre la falsedad del Alcorán, tan entregado
»a mi apostolado que no me sobró en tantos días tiempo
»suficiente para engullir en pedazo de pan y deglutir un sor-
»bo de agua. Gracias a Dios pude predicar el misterio de la
»Santísima Trinidad hasta arrollar a mis enemigos, mal
»que les pesara, consiguiendo una acabada victoria sobre
»todos ellos para alabanza y honor de Jesucristo y de la San-
»ta Madre Iglesia.

»Entonces estos hijos del diablo trataron de sobornarme
»ofreciéndome mujeres, doncellas, oro y plata, propiedades
»y ganado y cuanto de material puede anhelar un corazón
»en este mundo. Al observar que despreciaba todos sus
»ofrecimientos, me despreciaron y calumniaron de mil di-
»versos modos, maltratándome bárbaramente durante dos
»días, lapidándome, quemando al fuego mi rostro y mis pies,
»arrancándome la barba y llenándome de calumnias, insultos
»y afrentas. Dios bendito es el testigo y la causa de la
»alegría íntima de este pobrecillo al permitirme, por su ad-
»mirable misericordia, que yo padeciese tanto por el nombre
»de Nuestro Señor Jesucristo.

»Fortalecido con el auxilio divino, continué mi peregrinación
»hasta Armalek, situada en el corazón del Imperio
»de los Medos, en la Vicaría franciscana de Cathay. Desde
»Urganth, límite de los Imperios Persa y Tártaro, hasta Ar-
»malek, viajé durante cinco meses, solo entre tantos sarracenos,
»predicando sin cesar con la palabra, con el ejemplo y
»hasta con mi santo hábito. Ellos frecuentemente me propi-
»naron veneno, trataron de ahogarme en el agua y me mal-
»trataron con un sadismo incapaz de poder ser expresado en
»una carta. Puedo dar gracias a Dios porque espero aún pa-
»decir mucho más por su santo Nombre, en remisión de mis
»pecados y para que consiga el descanso del Reino de
»los cielos.

»Confiad y fortaleceos en el Señor, y rogad por mí y por
»quienes siguen o intentan seguir mis pasos, ya que, con el
»favor de Dios, esta peregrinación es muy útil para la sal-

»vación de muchas almas. No esperéis verme ahí, sino por estas tierras o en el paraíso, donde nos aguarda el verdadero descanso y la verdadera consolación como una herencia que nos concede N. S. Jesucristo. Ya lo dijo El: «Cuando el Evangelio fuere predicado en todo el mundo sonará la hora de la consumación».

»Mi labor es la de predicar a los pueblos, haciendo patentes a los pecadores sus culpas y el camino de la salvación; Dios es quien da la gracia de la conversión.

«En Armalek, Imperio de los Medos, en la fiesta de San Lorenzo de 1338».
